

Alfonso Echeverría

Poemas del tiempo y del espacio

I



¿DÓNDE queda el sonido
cuando viene el silencio?
¿Qué sucede a ese largo
tañir de campana
si de súbito cesa?
¿Si termina de pronto,
si se vuelve vacío?
¿Qué sucede al presente
cuando se hace pasado?
¿En qué lugar se esconde y nos mira?

Si estoy situado al borde,
allí donde el presente

«pasa»,

si estoy presenciando,

siempre,
este lento pasar,
¿adónde va, adónde escapa el tiempo?

Si es cada instante sucesor
de lo pasado,
si con silencio, timidez,
sustituye las horas y agradece
que le hayan dejado aparecer,
entonces,
después,
cuando ese instante también
desaparece,
¿quién lo recibe en su ser intacto?
¿quién lo protege de la nada?
¿quién acoge el tiempo en su seno?

Es una pregunta
que yo formulo
desde algunos años:
Si las cosas transitan, simplemente,
si al salir de mi vista, mueren,
si al morir desaparecen,
o si son inalterables, permanentes, singulares.

Y es tal vez una duda
ya resuelta.
Pues veo ascender los pasajeros,
aquella muchacha de diez años,

aquella joven esbelta,
de ojos grandes,
aquel viejo,
veo fuera dos niños harapientos
(en este instante son niños)
peleando en el suelo
a pie desnudo,
y es un sagrado momento.
Pues de aquí a diez años,
no estarán, los mismos,
y si estuvieran,
no serían,
no scrán jamás,
ni después ni antes,
los mismos.
Y por eso el momento
debe ser conservado,
pues ¿qué se haría
si no se conservara?

Y esta soledad de lo pasado,
este ser sin coraza
ni envoltorio,
esta singularidad tan lastimosa
¿no lleva en sí, por ser intacta,
su derecho ya ganado a seguir siendo?
Seguir intransformada,
solitaria, desprovista

de aquellos accidentes
del olvido.

Ahora, por fin, por haber sido,
se ha tornado clara,
se ha tornado limpia.

Yo no puedo creer que es una fuga,
la del tiempo.

Es tan simple su pausa,
su presencia,
hay tal serenidad, tan poco apuro,
tanta cadencia,
en su suave
transformarse
en futuro,
tanta paz y reposo en su crecer,
está cada instante tan maduro,
cuando rueda por tierra
y se ausenta,
que a pesar de su irse, queda,
se aposenta,
se asegura,
se detiene para siempre
en su existencia.

No hay merma. No hay aumento.
No perdemos ni ganamos.
Sólo estamos.

Todo tiritita,
titila,
todo.
Pasado, presente, futuro.
Nada se pierde, nunca.
Pero pregunto:
Si esta realidad que me rodea
constituye sólo una pantalla
de lo sido,
¿cómo tocar
la zona insustituible
que limita?

Creo que solo, sin esfuerzo,
refluye el ser perdido.
El tiempo entonces palidece,
se retira,
y horas separadas unas de otras
(por años, siglos, milenios),
se entrelazan y funden
formando una sola
Una sola hora vasta,
inexpugnable.

Tal es el tiempo.

II

Cóncavo espacio que nos contiene,
transparente y oscuro.

Cuántas veces lo partimos
sin oír su silencio.

Si es el espacio
nuestro suave ropaje,
si en él hemos nacido
y estamos envueltos,
si son los trémulos colores
nuestro margen,
sepamos respetar
sus húmedas lecciones.

No levantemos rigideces falsas.
Librémonos de todos los axiomas.

Los errores son finos,
son sutiles,
son siempre la antesala del poema.

El ciego dice «Gracias, señorita»,
cuando un señor le da limosna.

El viajero ve girar los cerros,
faroles, esquinas,
como inmensa brújula oscilante
que lo circundara,
y una casa se aproxima,
pretende golpearlo,

y es sólo después del desconcierto
que revisa su temor y reflexiona:
«Era el autobús el que giraba».

El agua henchida
sube y baja,
y no sabemos si es el agua
o si es la roca
la que se alza y hunde.

¿Pero son errores los errores?
¿No es el tiempo y el espacio
algo más fino y más vasto?

¿No son las ramas raíces
arraigadas en el aire?

¿No levantan, al alba,
los árboles sus sombras,
para volcarlas al lado opuesto?
¿No flota en el agua la montaña?
¿No tiritan las hojas del árbol
como una ribera?
¿Dónde está el arriba?
¿Dónde está el abajo?
¿No es una sola red
la que nos ciñe?

Sabemos que el espacio es sólo tiempo.
Tiempo que demora en alcanzarnos
lo que vemos.
Tiempo que distancia las señales
de lo externo.
Tiempo y espacio son un solo enjambre.

Arboles gigantes, no nacidos,
van por el aire en semilla.
Son todavía pelusas,
esferas, paracaídas,
y es posible de un soplo
sacudir su futuro.

Se dirá:
«Está pues el tiempo sin forma.
No pesa el porvenir
sobre su ahora.
No lo lastima.
Lo deja libre. Lo deja puro».

Sí:
Lo deja libre. Lo deja puro.
Podemos soplar en la pelusa.
Podemos cambiar
la posición del árbol.
Pero no podemos
suprimir el futuro.

Todo está envuelto.

Todo contenido

en su recinto.

En el cuarto, los muebles.

En el agua, los peces.

En las faldas, los vientres convexos.

No hay propiamente desamparo.

Todo está envuelto.

La lluvia lava los autos.

Les da brillo, suavidad.

Les permite reflejar

los árboles y casas.

Nosotros solemos olvidar su altura.

La tocamos al final de su carrera.

Y ella se eleva sin esfuerzo

hasta las nubes madres.

Moja las laderas de paño verde.

Moja la lana de las ovejas.

Moja el mar, el lago.

Y el mapa de las vacas holandesas.

Es tal su hondura, su silencio,

su desolada suavidad, sin resistencia,

está tan próxima y a la vez tan lejos,

cae sobre los bosques tan lentamente,
que expresa por sí sola esa finura
del espacio.

Es pues un todo. Es uno sólo.
No hay en él parcelación posible.
Todo está envuelto.

Los terneros nacidos
de membranas azules,
que rasgan su débil,
celeste envoltura,
y emergen mojados,
temblando de frío.

Las antenas verticales,
que recogen el sonido.

Los campanarios,
desde el sillón del dentista.

Los árboles adustos,
mutilados y mancos,
que levantan la cara
para mirar el agua.

Universo móvil, giratorio.

Cóncavo espacio que lo contiene,
transparente y oscuro.

III

Llegaron desceñidas, sin cintura,
caminando con torpeza y embarazo.
Monstruosamente grandes, maternales.
Sus zapatos planos pisaban
la baldosa.

Por puertas verdes
sobre muros blancos,
pasaron,
por patios silenciosos, con bancos,
donde hombres y niños,
ya nacidos,
esperaban.

Contenían las rodillas,
la cabeza; suaves pelusas,
ojos ciegos;
todo reflejado en la finura
de su gesto.

Y ahora están tendidas,
y a su lado
(rígido, envuelto),
un dios esquimal,
cacique indígena,

ídolo ancestral
que salió de la sangre.
Desde su alta cama de partera
lo contemplan.

Amordazado el vientre,
espirando todavía cloroformo,
su palidez lapidaria
pasa,
se tiñe su rostro
de suave esperanza.
Comienza lo nuevo, lo extraño,
lo increíblemente raro.

Hombres y mujeres,
hasta ayer nonatos,
gritan al alba todos juntos,
como gallinas, gaviotas, gatos,
como carnaval desolado.

Pequeños ancianos
recién paridos,
son alzados en el aire por las manos.
Así conocen ese raro espacio
que habrán de habitar hasta su ocaso:
vasto hospital sin salida.

Suaves carros, camillas,
aparatos enlozados
sanitarios,

comidas simples y escasas,
rumas de sábanas ensangrentadas,
pasan por las frías galerías.

Niños de expresión filosófica,
sus piernas tan delgadas como brazos,
sus espaldas curvas,
cuello hundido, dedos finos,
palmas rojas,
remescentes del Sacrificio,
cierran los ojos,
mueven la boca,
y el aire atrapan sin saber
cuál es el vientre
que ahora habitan.

Sala con rejillas
que deja fuera las moscas.
Allí las madres olvidan
su nombre,
sus parientes y oficio.
Miran desde el lecho
el vidrio negro
de noche.

Cada madre una virgen,
hija débil,
de aquélla más hermosa,
más potente,

pobremente valerosa
y a la vez inocente,
que parió sin ayuda
en el establo.

Deformados
su vestido, sus zapatos,
en la espera;
manchada con su sangre
la paja de la tierra.

Cada madre una virgen,
que repite,
ese drama ritual, drama lejano,
drama puro y modelo
del Origen.

Y en ese hospital,
y en esa sangre,
en esa pura cal y en esas noches,
en esa suavidad, esos quejidos,
en esa timidez de lo nacido,
se suplantán, se reducen, se disipan
las asperezas del distingo:
cada niño tiene
la importancia del Hijo.